

Juegos de lenguaje ilocalizables. Sobre *A los rusos les gustan los abedules* de Olga Grjasnowa¹

*Placeless language games. About Russians like the birches
of Olga Grjasnowa*

RESUMEN: El artículo analiza un texto que añade un nuevo aspecto a la discusión de la literatura de inmigración. La novela de la autora ruso-alemana de Azerbaiyán rechaza explícitamente los términos alemanes "origen inmigrante" (fondo de migración) y "postmigrantisch" (post-migrante). Tomando al protagonista como ejemplo describe el surgimiento de una identidad múltiple compuesto por diferentes registros culturales, lo cual se encuentra más allá del alcance de los patrones estandarizados de multiculturalismo y de la promoción de un concepto de interculturalidad en su lugar. La novela destaca el factor biográfico, así como los aspectos políticos, creando un nuevo concepto de la escritura que se diferencia de las formas tradicionales de la narración.

PALABRAS CLAVE: Inmigración, interculturalidad, multiculturalismo, migración, postmigrante, país natal (Heimat), registros culturales, identidad cultural, diálogo intercultural.

ABSTRACT: The article analyzes a text, which adds a new aspect to the discussion of immigration literature. The novel by the German-Russian author from Azerbaijan explicitly rejects the German terms »Migrationshintergrund« (migration background) and »postmigrantisch« (post-migrant). Taking the protagonist as an example it describes the emergence of a multiple identity composed of different cultural registers, which is beyond the reach of standardized patterns of multiculturalism, promoting a concept of interculturalism instead. Thus the novel emphasizes biographical as well as political aspects creating a new concept of writing, which differs from traditional modes of narration.

KEY WORDS: Immigration, interculturalism, multiculturalism, migration, post-migrant, native country („Heimat“), cultural registers, cultural identity, cross cultural dialogue.

Rolf G. Renner
rolf.renner@googlemail.com
Albert-Ludwigs-Universität
Freiburg, Alemania

Traducción al castellano del
original en alemán por
Luis Carlos Cuevas
Dávalos

Recibido: 19/01/2017
Aceptado: 03/03/2017
VERBUM ET LINGUA

NÚM. 9
ENERO / JUNIO 2017
ISSN 2007-7319

¹ Las referencias bibliográficas de la novela aquí tratada han sido traducidas al español y todas las referencias corresponden a las páginas de la novela original en alemán: Grjasnowa (2012).

Nota preliminar

A primera vista, el texto del que me propongo hablar parece solo un juego narrativo que confronta un juego de lenguaje hegemónico. En Alemania, decir que a los rusos “les gustan los abedules” es un viejo cliché y hoy en día ni siquiera se acepta la denominación “los rusos”, por ser políticamente incorrecta.

Al mismo tiempo, y de manera lúdica, este texto se rehúsa a ser atrapado por los modelos de interpretación predominantes surgidos del discurso sobre identidad cultural e interculturalidad. Desde las primeras páginas la narradora rechaza explícitamente los términos “trasfondo migratorio” y “post-migrante” (Baude, 2016), además de dejar claro lo inútiles que resultan estas categorías esquemáticas. La protagonista, Mascha, es una rusa-alemana de Azerbaiyán que de formas muy distintas experimenta lo contradictorio de esta denominación, la cual le corresponde por tener el derecho a reclamar la nacionalidad alemana. Como sabemos, al contrario de la nacionalidad francesa, el derecho a la nacionalidad alemana se basa principalmente por el derecho de sangre y no por el derecho del lugar de nacimiento. Mascha también está casada con un alemán, pero mira incluso con un frío distanciamiento tanto a sus suegros alemanes como a sus padres azerbaiyanos; por otro lado, su vida privada y profesional se caracteriza por un manejo de varios idiomas que extiende desde lo formal hasta lo lúdico. Y no es casual que también cuestione y problematice el término patria. La propia autora declaró en una entrevista: “La patria es el lugar de donde nos mudamos, donde comenzamos [...] no donde nos quedamos” y acerca de la

protagonista, en el paratexto que incluye la portada del libro se señala: „podría vivir en cualquier lado. Pero no necesita una patria” (p. 12). Con esto Olga Grjasnowa se deslinda conscientemente de ese paradigma de la interculturalidad que, en la crítica literaria, todavía se dedica a comparar el registro de una cultura de origen con el de una cultura de destino. Por el contrario, en este texto se trata de algo muy distinto, de la combinación de distintos registros culturales producida por una migración global que impide una formación de identidad en el sentido tradicional.

Esta constelación, basada en cambios sociales y políticos, corresponde a una situación que el filósofo Heidegger definió desde sus albores al observar profundamente al mundo transformándose por la intervención de la tecnología. En una conferencia posterior comentó basándose en su *Filosofía de la tecnología*:

Pues se necesita reflexionar, si en la época de la civilización mundial uniformizada y tecnologizada aún puede existir la patria y si sí, cómo (Heidegger, 1998: 243).

La narración de Grjasnowa (2012) y la reflexión de Heidegger son similares en el sentido de que ambas conceden a la identidad cultural, en el contexto de una migración global cada vez más mediática y tecnologizada, una dimensión múltiple que por regla general no es estable, sino esencialmente volátil. Es por eso que los acontecimientos políticos o los cambios sociales dentro de una formación supuestamente constante de caracteres culturales en realidad pueden producir configuraciones muy

distintas. El debate alemán sobre la interculturalidad fue consciente de esto por primera vez cuando se percató de las distintas posiciones de tres generaciones consecutivas de grupos de inmigrantes étnicamente homogéneos. Por cierto, la pérdida de caracteres culturales estables se hace más evidente en el grupo de inmigrantes que continuamente utiliza diferentes registros sociales y culturales: tanto idioma como origen nacional, religión y orientación política ganaron una valencia muy distinta, y difícilmente calculable, en el proceso de su asimilación. Esta circunstancia es desarrollada por la narradora Grjasnowa de manera paradigmática y muy convincente en los ámbitos de la adquisición de la lengua, la competencia lingüística en lenguas extranjeras y el uso del idioma de su protagonista.

El registro de la lengua

Para la protagonista Mascha el acceso a la lengua ajena, la de los alemanes, comienza con grandes dificultades. Debido a un deficiente dominio del idioma alemán que arrastra por muchos años, en un primer momento Mascha será marcada por la experiencia de no poder integrarse en la sociedad y sufrir, como muchos otros inmigrantes, el claro rechazo de las autoridades administrativas, principalmente de las de la escuela, quienes de forma violenta intentan repatriarla (pp. 38-39). Mascha cree por mucho tiempo que jamás tendrá éxito con la distinción de la adaptación lingüística y social, como la llama Pierre Bordieu. En una ocasión incluso le reprocha a su novio: “te escuchas como la oficina de extranjeros” (p. 42).

De sus propios padres recibe un ejemplo del fracaso de la integración. Viven completamente en el pasado, embellecién-

dolo, pero en el presente, en Alemania, su padre no se siente útil (p. 53), se da completamente por vencido, vive en una “Siberia social” con pantalones deportivos y camisetitas interiores tricotadas (p. 53).

Por el contrario, conforme va creciendo su dominio de la lengua la protagonista desarrolla una capacidad de uso del lenguaje no solo pragmático, sino especialmente lúdico. Aprende a asignarle a distintas experiencias diferentes idiomas, incluso puede traducir a varias lenguas, directa y análogamente, información cotidiana. Esta transformación y transferencia continua de distintos registros lingüísticos se efectúa de forma más intensa en su vivienda especialmente ilocalizable, que parece estar en las cercanías de una estación de trenes, pero a la que no se le puede atribuir ningún entorno urbano específico. Precisamente ahí es donde Mascha hace su amalgama de cocina alemana y oriental con registros culturales diversos que se nutren y soportan recíprocamente (p. 11). Al mismo tiempo, la falta de especificidad del lugar desde el cual actúa refleja su situación de vida en un país ajeno. Su plurilingüismo, adquirido tardíamente pero a través de una educación lingüística temprana y muy estricta, le impide parecer “hablante nativa” (p. 33) en ningún lugar. Sin embargo, esto también conlleva una apropiación de la otredad ardua, constante y perseverante. Precisamente este esfuerzo la hace desdeñar el superficial *—anything goes—* del multiculturalismo académico que comprende siempre lo ajeno como un sencillo enriquecimiento de lo propio y nunca como una transformación desafiante (p. 33). Por el contrario, la protagonista incluso puede conectar lúdicamente modelos de habla occidentales,

orientales y judíos entre sí, siendo en todo momento consciente de que es incapaz de experimentar adecuadamente los contextos culturales y campos de referencia correspondientes (p. 24).

Mascha se vuelve consciente de ello sobre todo porque experimenta los distintos registros culturales y sociales tanto en su contexto familiar como en el social, y porque ambos códigos se entrecruzan en su vida constantemente. Su madre, antigua profesora de música, se confronta a una sociedad occidental que no quiere asumir la exigencia de rendimiento al grado que a ella le parece necesario (p. 27). Su hija, en el momento de la peor crisis, al morir su novio, recurre a un rezo judío, cuyo contexto sin embargo no tiene del todo presente (p. 24). La descripción del entierro de su novio (pp. 110-116), así como la charla navideña con su madre, le dejan claro lo extraño del espacio cultural ajeno, aunque conozca sus símbolos, pues estos no encierran ningún significado para ella (p. 120). Aquí básicamente se muestra que, en el proceso de su aculturación, todas las referencias y alusiones se entremezclan con vacíos significativos; todo aquello que promete seguridad, o alguna vez la garantizó, ya no la cumple, pues rigen unas condiciones históricas y sociales que se han transformado.

Bajo estas condiciones previas, el hecho de que Mascha trabaje como intérprete adquiere un significado muy especial. La autora incluso hace referencia a ello en una entrevista en la que habla sobre el personaje:

De niña descubrió que todo es muy flexible, que las atribuciones no son algo obvio, que se pueden transfor-

mar muy rápidamente, reinventarse y manifestarse una y otra vez, y que por consiguiente habrá que lidiar con eso, inevitablemente. Para Mascha la interpretación es algo que puede controlar. Tiene el control absoluto sobre qué se dice, cómo se dice y cómo llega al público (Baude, 2016).

Sin embargo, este empoderamiento aún no produce una identidad, porque en el texto se aclara que la protagonista, después de la muerte de su amado, busca “llenar el vacío [en ella] con palabras” (Grjasnowa, 2012: 126).

De cualquier manera, aquí yace una fuerza contraria a su autoconfirmación verbal, porque todo lo que Mascha experimenta en el campo del idioma gira en torno a una constelación psíquica oculta y que al mismo tiempo explora. A la protagonista se le abren distintos códigos lingüísticos que están inseparablemente ligados a las experiencias de vida que estos mismos recuerdan y reflejan. Debido a que estas experiencias están estrechamente vinculadas a crisis y catástrofes y a recuerdos de violencia y muerte, puede afirmarse que giran alrededor de un trauma y que a la vez perfilan un trastorno postraumático en la protagonista. Se observa que la vinculación de patrones de habla con patrones de vivencia genera un idioma doble que surge frecuentemente cuando la protagonista, en su rol de intérprete, quiere ampliar el dominio sobre la lengua y la seguridad en sí misma.

Experiencia y trauma

La relación del empoderamiento lingüístico con el psíquico permite reconocer una línea de tiempo que a su vez marca pro-

fundamente los intentos de integración de la protagonista. Especialmente son dos los acontecimientos que una y otra vez se atraviesan en la línea de la experiencia provocando que la superación de los conflictos y situaciones actuales siempre se haga con la mirada en el pasado, en lugar de ser trabajados a profundidad.

El primero de estos acontecimientos es la trágica muerte del novio de Mascha: Elías. Principalmente en la segunda mitad del texto, en la que Mascha experimenta otro cambio de registro cultural porque emigra a Israel, es donde se encuentran episodios en los que se construyen secuencias oníricas que evocan distintos recuerdos. La muerte de su novio es una experiencia abrumadora que constantemente cruza y cuestiona la continuidad del presente. Esto también permite observar cómo la interferencia de pasado y presente conduce a la protagonista a transmitir su percepción de la realidad principalmente como una transgresión con registros mediáticos y literarios. Un ejemplo de esto lo proporciona la anécdota en la que por medio de Youtube plañideras griegas en la lejana Grecia citan la Orestíada en honor del difunto Elías (pp. 107-108).

También la autenticidad de las experiencias actuales será frecuentemente atravesada por los recuerdos de Elías. Cuando la protagonista está con otros, pronuncia el nombre de su difunto amante o incluso cree tenerlo frente a ella. Esto hace evidente que con el segundo cambio de ubicación geográfica, a Israel, la interferencia se ha intensificado; el incremento de lo ajeno, de lo extraño, moviliza una resistencia originada por lo propio; ya no hay experiencia que no exija condiciones previas. Cuando

su amigo israelí Ori se despide para partir a su unidad en el ejército, Mascha recuerda a Farid, caído en combate; mientras que Ori sufre un ataque de histeria provocado por la presencia recurrente del nombre de Elías. Posteriormente también ocurre otra pérdida de control cuando Mascha persigue a un extraño creyendo que es Elías y entonces se da cuenta de que ya no es capaz de reconstruir su rostro: ya no se forma ninguna imagen (p. 216).

Otro entrecruzamiento de lo pasado y lo presente parecido se da en la relación lésbica que tiene posteriormente con Tal, su novia israelí. Por un lado, la relación adquiere su sentido completo gracias a los recuerdos de su amado Elías; por otro lado, el presente de la relación amorosa será atravesado por espejismos aterradores con referencias bélicas y de violencia letal que a la vez entremezclan, inconscientemente, una guerra anterior con otra actual (p. 211). Aquí, lo que en esencia ocurre es que el encuentro con lo nuevo en el extranjero reactiva e intensifica la impronta del inconsciente por medio de las experiencias pasadas.

El segundo acontecimiento tiene aún mayor significado. Precisamente en la zona del conflicto palestino-israelí experimentada por la protagonista como amenazante, Mascha rememora su propia huida y la guerra en Azerbaiyán. El símbolo de esta conexión es la recurrente imagen del recuerdo de una mujer en un vestido azul que se suicida tirándose por una ventana durante la guerra en Azerbaiyán (p. 282). Posteriormente el color azul, como una metáfora obsesiva, también conecta las imágenes de una boda en Cisjordania con los recuerdos de la persecución de la propia

familia de Mascha. Así es como los conflictos políticos actuales se reflejan en el contexto de la memoria individual de la protagonista y la frase “todo se repite” (p. 283) se vuelve la figura básica de esta reflexión.

Juego de socialización

Desde muy pronto en su vida, estas experiencias ambivalentes llevan a la protagonista a experimentar las fronteras culturales con una intensidad muy especial y a ser al mismo tiempo consciente de que estas no pueden superarse únicamente con operaciones lingüísticas o procesos culturales de aprendizaje. Más bien, el procesamiento adecuado de la diferencia es posible solo cuando la protagonista logra transmitir sus percepciones y recuerdos en forma de juego narrativo, y no por la mera precisión lingüística. Todo lo que se convierte en narrable es a la vez una transformación de la otredad experimentada. Al narrar, la protagonista se apropia de su mundo; además, ella busca por medio de invenciones dirigidas hacer compartibles diferentes experiencias de sus padres, y por consiguiente también transformarlas (p. 27). Con ello, la narración se convierte en otro lenguaje distinto más allá de los códigos lingüísticos. Se trata de una estrategia de empoderamiento, cuyo escenario no es la gramática, sino un campo de referencia psicosocial. No es casual que esta forma de autoconfirmación se relacione con el reto de posicionarse como mujer frente al sexismo del día a día que vive la protagonista en el mundo occidental (pp. 31-32) y que en el ruso parece prevalecer con un registro cultural diferente pero brutal, según lo contado por la compañera de hospital de Mascha (pp. 34-35).

El poder de lo político

La transformación del escenario transcultural en un juego narrativo y social, así lo muestra la protagonista, primero en Alemania y después en Israel, en la franja de Gaza y en Cisjordania, indudablemente también descifra constelaciones políticas que resultan inevitables. El libro de Grjasnowa paraleliza no solo un conflicto actual y otro previo, sino que también demuestra cómo ambos se superponen en la conciencia de la protagonista construyendo un campo de experiencia psíquico unitario. Aunque Mascha lo declare expresamente: “no quisiera que un genocidio fuera necesario para entenderme” (p. 150), precisamente ese resulta ser el caso. Su memoria se ha forjado en medio de un enfrentamiento político tan sangriento que alcanza el nivel de genocidio: la separación de Nagorno Karabaj de la antigua República de Azerbaiyán rusa, la expulsión y el aniquilamiento recíproco entre azerbaiyanos y armenios, y finalmente la guerra civil que obliga a armenios y judíos a migrar, concediéndoles una oportunidad solo a aquellos que como la protagonista pertenezcan a un contingente de desplazados judíos que será recibido por comunidades judías en Alemania (pp. 44-51).

Para la protagonista también el presente de Alemania, que representa la otra alternativa al escape hacia Israel (p. 51), está relacionado desde un principio con la mirada de los acontecimientos bélicos de la franja de Gaza y el conflicto palestino-israelí. Mascha incluso descifra la puesta en escena mediática e ideológica de este enfrentamiento (pp. 58-60) al profundizar en muchas de las discusiones alemanas acerca de la política del Estado de Israel respecto

de los árabes e ir descubriendo cómo sus amigos se perfilan como filosemitas o anti-semitas (pp. 64-65).

Ya en Israel, estas tensiones obtienen una forma más clara. Precisamente en ese contexto político tan especial, la protagonista experimenta una segunda inmigración, pero esta vez bajo otros signos. En la descripción de la llegada a Israel se muestra cómo ya ahí los estereotipos sobre los extranjeros están influenciados por el miedo al terrorismo, todas las preguntas de los funcionarios se centran en el tema de la procedencia nacional (pp. 161-164). Incluso en el mismo Muro de las Lamentaciones la diversidad cultural de Israel se vuelve evidente para la protagonista (p. 169), el papel que inserta entre las grietas del muro revela la extrañeza fundamental ante el judaísmo que se intensifica con la visita de su tía, cuando descubre las contradicciones de la colonización de Cisjordania (pp. 172-175). No menos sorprendentes le resultan a Mascha las consecuencias del conflicto interno árabe, del cual es testigo cuando Sami, un egipcio, tiene que afrontarlo directamente con un compatriota que descubre que su mujer es palestina (p. 201). Desde su estancia en Alemania, Mascha había notado que ahí la opinión pública siempre se inclina más claramente a favor de los palestinos transformando fundamentalmente la esquematización actual de la mirada alemana hacia Israel. Con esto se invierten constantemente no solo los registros culturales, sino también los registros políticos de la percepción del otro.

Contra estas impresiones la protagonista puede protegerse solo por medio del cinismo y la ironía, que no se inmutan ante el tabú. Cuando en una sociedad judía se re-

fieren a Mascha con el término de “Schicksale”; es decir, alemana no judía, ella decide responder designando a su novio como sobreviviente del Holocausto. Al lanzarse este tipo de denominaciones, Mascha se da cuenta de que parecen estar jugando una especie de *Monopoly* judío (p. 241).

En ningún lugar, en parte alguna

Así que al final permanece una dialéctica insoluble. En la medida en que los registros culturales se entrecruzan y merman, la vida privada, y también la sexual, son atravesadas tan fundamentalmente que la función reglamentaria del registro lingüístico termina fracasando. Y mientras la protagonista busca un lugar en el presente, en el que pueda estar consigo misma, será alcanzada por distintos pasados que sacuden todo presente con dureza; esto llega tan lejos que la anhelada cualidad de no ser localizable, que Mascha constantemente busca, le provoca una disociación psíquica y una pérdida de control sobre su propio cuerpo (p. 260). Precisamente a ello hace referencia una expresión sobre los estereotipos nacionales que transcribe la pérdida de identidad: los rusos aman las pelucas (p. 265), le comenta una palestina a Mascha. No sorprende que al final del texto permanezca abierto, sin especificar, el lugar en que ella podría escapar de sus conflictos: Alemania o Israel. Todo apunta a que ella deberá permanecer en cualquier parte, en un lugar necesariamente ilocalizable. Con referencia a mi comentario inicial sobre el derecho de nacionalidad alemana, vive la protagonista en una dialéctica inevitable: el derecho de sangre permanece sin poder crear identidad y las convenciones culturales que aspiran a

sustituir el derecho de sangre se presentan como volátiles. La historia de Mascha no se rige por el cuento de hadas de una integración exitosa, sino por la expresión “En ningún lugar, en parte alguna”. La creadora de esta frase sustenta esta pérdi-

da de perspectiva intercultural e histórica con un guiño a Chejov. Mirando hacia el mundo industrial “postfordista” declara: “Lo intentamos y no lo intentamos, pero no conseguimos ordenar nuestros pensamientos” (Baude, 2016).

Bibliografía

Baude, S. (2016). Interview mit Olga Grjasnowa—Der Russe ist einer, der Birken liebt. *AVIVA-Berlin*, agosto. Recuperado de http://www.aviva-berlin.de/aviva/content_Interviews.php?id=141121

Grjasnowa, O. (2012). *Der Russe ist einer, der Birken liebt*. Múnich, Alemania: Carl Hanser Verlag.

Heidegger, M. (1976). Gesamtausgabe. Erste Abteilung. Veröffentlichte Schriften 1910-1976, 13. Band, Frankfurt 1983, S. 243